

todo estaba ya cargado, héteme aquí que el bueno del muchacho se encuentra con que no había traído dinero; pero como tiene trazas de hombre honrado, le dije: «Llevaos la ropa, que ya iré por el dinero á vuestra casa,» «Está bien,» me respondió; «pero yo no estoy nunca en mi casa; llegaos más bien mañana á la calle de Sentier, casa del notario Mr. Jaime Ferrán, en donde estoy empleado, y os pagaré.» Al día siguiente fui allá y me pagó: pero lo que yo no puedo entender es por qué habrá vendido los muebles para comprar otros á los quince días.

Rodolfo creyó adivinar y adivinó ciertamente la razón de esta singularidad, figurándose que Germán había querido hacer perder sus huellas á los miserables que lo perseguían; y á fin de que la conducción de los muebles no les descubriese su nueva habitación, había preferido venderlos y comprar otros en seguida. Sintió el príncipe el más vivo gozo al pensar que madama Georges abrazaría por fin á aquel hijo, por quien había suspirado en vano tanto tiempo. Volvió en esto la costurera con la risa en los labios y los ojos saltando de alegría.

— ¿No lo decia yo? — dijo en voz alta; ya veis cómo no me he engañado, pues sin gastar más que 640 francos, los de Morel estarán como príncipes... ¡Mirad que cargados vienen los mercaderes!... Nada falta ya para una casa bien puesta, porque hasta he comprado unas parrillas, dos lindas cacerolas estañadas de nuevo y una cafetera. Pero yo me dejé de cuentos, y dije: Ya que quieren echarla de largo, echémosla de largo... Con estas idas y venidas allá van tres horas perdidas... Vamos, pagad pronto, vecino, y vámonos de aquí que va á ser mediodía; no tendré que dar poco á la aguja para desquitar esta mañana.

Rodolfo pagó y salió del Templo con Alegría.

VII

APARICIÓN

Al entrar ambos en el portal de la casa, hubieron de ser derribados por madama Pipelet, que turbada, aturdida y sin aliento corría como una loca...

— ¡Ave María! — exclamó la costurera — ¿qué tenéis, madama Pipelet? ¿á dónde corréis de ese modo?

— ¡Sois vos, señorita Alegría?... — gritó Pomona — la Providencia os envía, señorita... venid, corred, ayudadme á salvar la vida de Alfredo...

— ¿Qué decís?

— ¡Ah! ¡se ha desmayado, tened piedad de nosotros!... corred por Dios, id á comprar dos sueldos de aguardiente de ajeno... del más fuerte, porque es lo

único que le sienta bien cuando le da el ataque. Tened por Dios compasión y hacedme este servicio... no puedo dejar solo á mi Alfredo. ¡Jesús, estoy aturdida!

Alegría soltó el brazo de Rodolfo y corrió hacia la aguardentería.

— ¿Qué ha sucedido, madama Pipelet? — preguntó Rodolfo siguiendo á la portera que se retiraba á su cuarto.

— No sé, señor, no sé lo que ha pasado. Había salido para ir á la alcaldía, á la iglesia y á la fonda, porque Alfredo no está para esos tragines, y cuando vuelvo... ¿qué os parece que me echo á la cara? ¡Ah, señor! ¡estaba patas arriba peleando con el accidente!... Entrad, señor Rodolfo — dijo madama Pipelet abriendo la portera, — mirad ese espectáculo, señor Rodolfo.

El espectáculo era en efecto lamentable. Monsieur Pipelet, sentado en el suelo y arrimado de espaldas á un pie de la cama, tenía puesto el enorme sombrero de problemático castor que le cubría los ojos, más calado que de costumbre, sin duda por algún esfuerzo violento como indicaba una abolladura diagonal. Había cesado el desmayo, y empezó á hacer algunos movimientos como si quisiera alejar de sí alguna cosa y luego intentó levantar la improvisada visera.

— ¡Ya vuelve en sí! — exclamó la portera; y luego se inclinó y dijo gritando al oído de su marido: — ¿Qué tienes, Alfredo del alma mía?... mira que soy tu Pomona... ¿Cómo estás, corazoncito mío?... He enviado por una copa de aguardiente de ajeno... verás cómo te da ánimos... — Y con una voz de falsete muy cariñosa, continuó: — ¡Lo quisieron matar, lo quisieron asesinar... á esta prenda de mis entrañas!

Alfredo dió un profundo suspiro, y lanzó con un gemido esta palabra fatídica:

— ¡CABRIÓN!!!

Y con las manos trémulas pareció que quería separar de sí alguna visión horrible.

— ¡Cabrión! ¡otra vez ese infernal Cabrión! — exclamó madama Pipelet.

— Alfredo pasó la noche soñando con él y me ha estropeado á coces: ese monstruo es una pesadilla. No sólo ha envenenado sus días sino también sus noches, y hasta en los sueños le persigue... como si Alfredo fuese un criminal, y ese maldito Cabrión un remordimiento eterno que lo consumiese.

Sonrióse Rodolfo suponiendo alguna nueva travesura de parte del antiguo vecino de Alegría.

— Respóndeme, Alfredo; no te hagas el mudo que me das miedo — dijo madama Pipelet: — vamos, serénate. ¿Para qué te acuerdas de ese tigre de Hircania? ya sabes que cuando piensas en él te hace el mismo efecto que la verdura... te revuelve la bilis y te ahogas, prenda mía.

— ¡Cabrión!! — repitió el señor Pipelet quitándose el sombrero que le cubría los ojos, y arrastrándolo por el suelo alrededor de sí con aire distraído. En esto entró en el cuarto Alegría con una botellita en la mano.

— Gracias, señorita — dijo la vieja; y luego añadió: — Toma, prenda de mis ojos; echa el traguito y verás cómo cobras ánimo y fuerzas.

Y acercando el frasquillo á los labios de Pipelet, dió principio á la empresa de hacerle tragar el aguardiente de ajeno. Por más que Alfredo se defendió valerosamente, su mujer, aprovechándose de la debilidad de su víctima, le sujetó la cabeza con mano firme, le introdujo con la otra el pescuezo de la botella entre los dientes y le obligó á tragar el líquido. Concluida la operación, exclamó madama Pipelet con aire triunfante:

— ¡Ya estás sano y salvo, amor de mi alma!

En efecto, Alfredo enjugó los labios con el revés de la mano, abrió los ojos, se puso en pie y preguntó con aire espantado:

— ¿Le habéis visto?

— ¿Á quién?

— ¿Se ha marchado?

— Pero quién, Alfredo?

— ¡Cabrión!!

— ¡Cómo!... ¿Y se atrevió otra vez?... — exclamó la portera.

El señor Pipelet, mudo como la estatua del comendador, movió dos ó tres veces la cabeza.

— ¿Ha estado aquí el señor Cabrión? — preguntó Alegría conteniendo un violento impulso de risa.

— ¡Luego ese monstruo se ha empeñado en acabar con la existencia de Alfredo! — gritó madama Pipelet. — ¡Oh! si yo hubiera estado aquí... le hubiera metido la escoba par la boca. Pero habla de una vez, Alfredo; cuéntanos lo que ha sucedido.

El señor Pipelet hizo con la mano una señal de que iba á hablar, y todos escucharon con silencio religioso. Dijo por último lo que sigue, con voz alterada:

— Acababa de salir mi mujer para ahorrarme el trabajo de dar cumplimiento á los encargos del caballero (é hizo una reverencia á Rodolfo), es decir, para ir á la alcaidía, á la iglesia y á la fonda...

— ¡Amor mío! como había peleado toda la noche con la pesadilla, quise ahorrarme ese trabajo — dijo Pomona.

— Esa pesadilla era un aviso de lo alto — dijo el portero con solemnidad religiosa. — Había soñado con Cabrión... y debía visitarme Cabrión... Estaba tranquilamente sentado á mi mesa, discurriendo sobre una innovación que proyectaba verificar en el empuje de esa bota... confiada á los recursos de mi industria... cuando oigo un ruido serdo de pasos en el piso de la portería...

¿Era esto un presentimiento?... ¿un aviso del cielo?... Oprimióseme el corazón, levanté la cabeza... y al través de la vidriera... he visto... he visto...

— ¡Á Cabrión! — gritó la portera cruzando las manos.

— ¡Sí, á Cabrión! — repuso con voz trémula el señor Pipelet. — Estaba allí, con su rostro abominable pegado á la vidriera, mirándome con ojos de gato... ¿qué digo?... ¡de tigre!... como lo había visto en el sueño de esta noche... Quise hablar; pero la lengua se me pegó al paladar: quise levantarme; pero mi cuerpo se había pegado al banquillo... Cayóseme la bota de las manos, y, como en todos los acontecimientos críticos de mi vida, me quedé inmóvil... Entonces sentí dar vuelta á la llave, abrióse la puerta, y Cabrión entró en la portería...

— ¡Que atrevimiento!... ¡qué desvergüenza!... — repuso madama Pipelet no menos aterrada que su marido.

— Entró lentamente... — dijo Alfredo — detúvose un momento á la puerta como para fascinarme con su mirada... y luego se adelantó hacia mí... deteniéndose á cada paso, traspasándome de parte á parte con la vista, sin decir una palabra, mudo, amenazador como una fantasma...

— ¡Señores! ¡tengo las carnes erizadas como un puerco espín! — dijo la sensible Pomona.

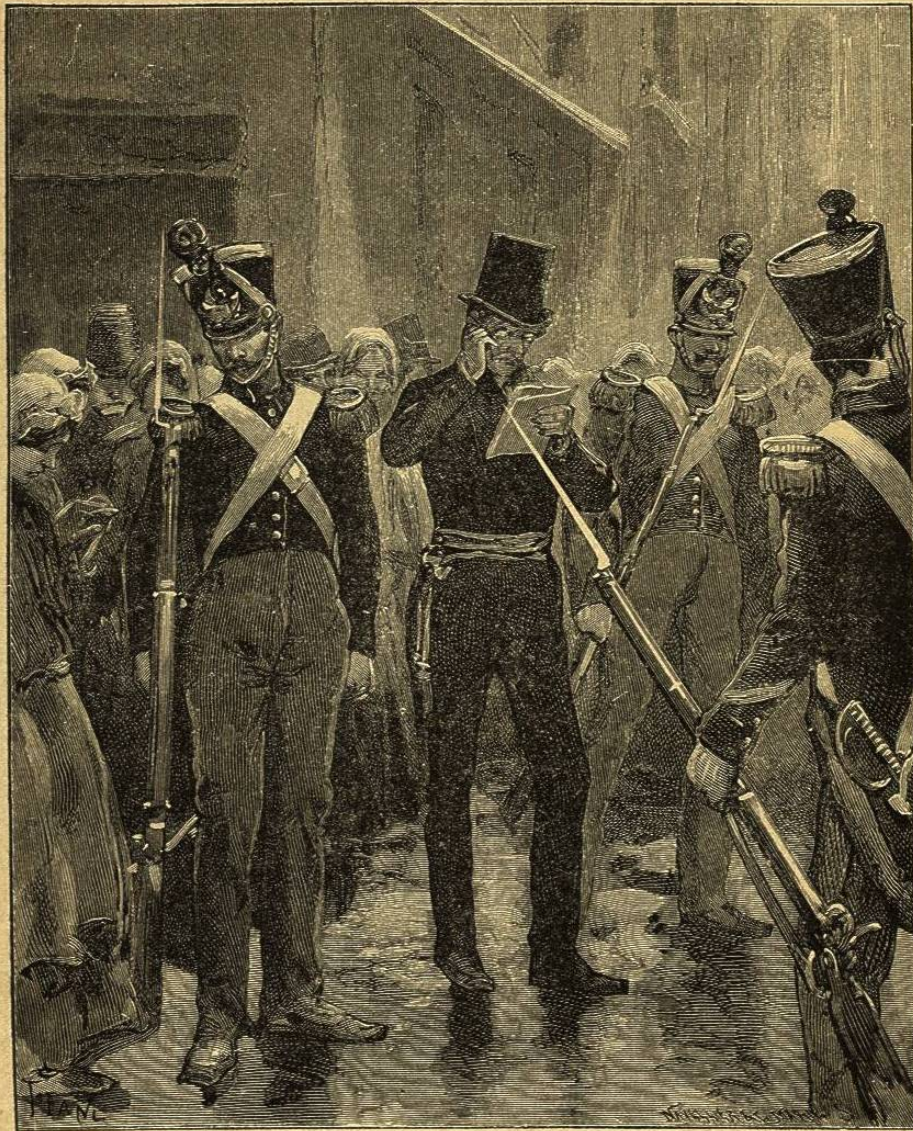
— Yo estaba cada vez más inmóvil en mi asiento... Cabrión se adelantaba lentamente... mirándome de hito en hito como la culebra al pájaro... yo le miraba también á pesar mío... sin poderlo remediar... Llegó junto á mí... ya no podía soportar su aspecto abominable... no pude resistir... cerré los ojos... Entonces sentí que osaba poner las manos en mi sombrero, que lo cogía por lo alto de la copa... que me lo quitaba lentamente de la cabeza... y que me dejaba el cráneo desnudo... Empecé á sentir un vértigo... todo daba vueltas en torno mío y me zumbaban los oídos... faltóme la respiración... mi cuerpo cada vez más inmóvil... mis párpados se cerraban con extraña violencia... Entonces Cabrión se inclinó... cogióme la cabeza con sus manos frías como las de un difunto... y sobre mi frente, cubierta de sudor helado depositó... ¡un ósculo impúdico!!

Anastasia levantó los brazos al cielo.

— ¡Besarme en la frente mi más furibundo enemigo! Semejante monstruosidad me dió mucho en que pensar, y paralizó toda mi energía. Cabrión se aprovechó de mi estupor para volver á ponerme el sombrero, y en seguida me le sepultó de un puñetazo, hasta los ojos, como habéis visto. Este último ultraje puso el colmo á mis angustias, turbóseme la vista, y empecé á desmayarme en el momento en que lo veía, por debajo del ala del sombrero, salir del aposento con la misma tranquilidad y con la misma sangre fría que al entrar.

Y como si esta melancólica relación hubiese agotado las fuerzas del señor

Pipelet, se dejó caer en el asiento y levantó las manos al cielo. Alegría salió precipitadamente del cuarto, faltándole ya las fuerzas para contener la risa que la ahogaba. El mismo Rodolfo se había conservado serio con la mayor dificultad.



Y poco después resonaron algunos fusiles.

Oyóse en esto hacia la puerta de la calle el ruido confuso de un remolino popular: creció este ruido hasta convertirse en una especie de tumulto, y poco después resonaron algunos fusiles en el umbral de la puerta.

VIII

LA PRISIÓN

— ¡Dios mío! señor Rodolfo: dijo en alta voz Alegría, que volvió corriendo pálida y temblando como una azogada — ¡ahí está un comisario de policía con tropa!

— ¡La justicia divina me defiende! — exclamó el señor Pipelet; — vienen á prender á Cabrión; ¡pero es tarde ya por desgracia!...

Un comisario de policía, con faja ceñida sobre el traje negro, que es el distintivo de su clase, entró en la portería. Su semblante era grave y lleno de dignidad.

— Señor comisario, es demasiado tarde... el malhechor ha huído ya, — dijo el señor Pipelet; — pero os daré su filiación... Sonrisa atroz... mirar impudente... modales... bárbaros.

— ¿De quién me habláis? — preguntó el magistrado.

— De Cabrión, señor comisario... y si no os descuidáis, acaso podréis atraparlo — repuso Mr. Pipelet.

— No sé quién es ese Cabrión — dijo con impaciencia el magistrado. — ¿Vive en esta casa un lapidario llamado Jerónimo Morel?

— Sí, señor — dijo madama Pipelet cuadrándose como un soldado.

— Llévame á su habitación.

— ¡De Morel el lapidario! — repuso la portera con asombro: — pero ese hombre es un manso cordero, es un desdichado... es incapaz de...

— ¿Vive aquí Jerónimo Morel, ó no vive?

— Aquí vive, señor comisario, con su familia, en un desván.

— Pues conducidme al desván.

Y dirigiéndose luego el magistrado á un hombre que le acompañaba, le dijo:

— Que esperen abajo los dos guardias municipales y que guarden la entrada. Enviad á Justino por un coche.

El hombre salió para ejecutar la orden.

— Ahora — continuó el magistrado dirigiéndose á Mr. Pipelet — conducidme á la habitación de Morel.

— Si lo lleváis á bien, señor comisario, yo iré en lugar de Alfredo: se halla algo indispuesto de resultas de lo ocurrido con Cabrión, que se le indigesta como el repollo.

— Ó vos ó vuestro marido, es igual; ¡vamos pronto!...